

Las horas contadas

Rosa Beltrán

En una época que ha visto incrementarse la esperanza de vida de la población, la vejez de los padres, con sus cuadros de enfermedad, decaimiento y muerte, se ha convertido en un asunto de interés para los autores de narrativa, como ocurre en este cuento de la también novelista Rosa Beltrán, quien lleva la perspectiva del hijo para desentrañar los rencores y el enfrentamiento de los padres ancianos.

No es genéticamente superior, pero sí más guapo. Y sobre todo: tiene ochenta y seis años y un cáncer terminal. Cáncer de colon. Esto lo ubica por encima de los demás. Le da esa posibilidad de gruñir y mirar con rencor sin que podamos echárselo en cara. Dando órdenes. Lo miro tendido en su cama y pienso que ha conseguido realizar su sueño de ejercer el control hasta el final. Nadie conoce el modo en que cumplirá su voluntad, pero es fácil saber si la estamos cumpliendo: basta con revisar nuestros antiguos deseos.

No me extraña que la familia esté reunida en la sala, todos los días, cada uno con su teléfono móvil, esperando que mi padre nos dé audiencia. Como Don Corleone en *El padrino*, nos cita de uno por uno. Conversa un poco o se deja conferenciar y cuando le aburre lo que le dice una hija o un nieto, se toma de la sien con la mano izquierda. Eso significa “se acabó la visita”. Nadie puede argumentar contra un moribundo su falta de atención. Es él quien debe ser atendido y respetado, aunque él no respete a los demás. A mi madre, por ejemplo. No es su olor a vieja ni su rostro de piedra lo que lo desespera. Es su atolondramiento. Como si se hubiera olvidado de cómo preparar una sopa. Un simple caldo, que es lo único que él puede comer. Y es su propio olor, el olor

de él. Un olor a orines. Y a excremento. Se llama colostomía. La bolsa que exhibe su debilidad se lo recuerda.

Y a pesar de eso, tiene proyectos. Terminar el séptimo volumen de sus memorias, hacer una reimpresión. Suma lectores imaginarios. La ampliación del mercado de la seducción le permite expandir su influencia, ahora que está enfermo: de la familia a sus amigos y algunos vecinos que lo visitan.

Entre plan y plan, acusa a mi madre. Disfruta con exhibirla. “Es vieja”, dice, “pierde la memoria. Llegará un momento en que no pueda comunicarme con ella”. Mi madre deja las hornillas de la estufa encendidas. Extravía el dinero. Regala la comida que le llevamos a papá al primero que pase. No sabría decir si lo hace adrede o por incapacidad. Han sido tantos años de exhibir sus pleitos ante los demás que este acto parece una consecuencia elemental de la obra que representan. Como si el odio los alimentara ahora que ella está vieja y él, enfermo.

O tal vez no. Tal vez esto que veo es simplemente el paisaje natural de la impotencia. Tal vez mi padre sólo gruñe porque no puede hablar más que en un estertor. Tal vez ella de verdad ha perdido la cabeza. Pero la rabia que él siente es real. Pienso que él piensa que Dios lo

abandonó. Pienso que es consciente del desmoronamiento. Cuando estoy con él, lo oculta. Habla de sí mismo, de lo que hará. Esto hace que se desprenda una suerte de heroísmo que me conmueve. No me atrevo a decirle que va a morir. Dejaría de luchar. Para mí, su hijo, es importante que luche. No sé por qué, pero es importante.

A medias sentado para evitar las llagas parece un sabio griego con el brazo delgado en alto, señalando algo fuera de la bata. Costó mucho trabajo tenerlo quieto. En el clóset frente a él pusimos fotografías ampliadas de sus hijos y nietos para que esté acompañado siempre. Pero no le bastan. Apenas nos retiramos grita que son manchas, que lo atacan cuando nos vamos a nuestras casas a dormir. Creo que nuestra necesidad de estar con él a toda hora es culpa de la morfina.

De niño, quería ser arquitecto, como él. Un hombre que levanta casas donde otros viven con sus familias. Muy pronto supe que a los demás no les gustaba la idea de vivir en familia. Pero a nosotros sí. Papá tuvo la culpa de este deseo. Me tomó tiempo entender que nuestros deseos la mayor parte de las veces no son nuestros.

Lo miro y me da tristeza haberle fallado en mi falsa vocación de arquitecto. En particular ahora, cuando lo veo sin fuerzas ni para tragar un bocado. Rabiando porque sus hijos tienen que mirar la bolsa de heces que cuelga de su cintura y oler —sobre todo, oler— cómo se escapa el hedor lentamente.

Durante días estuve pensando qué hacer. Papá era capaz de seguir así una, dos, varias semanas más. No obstante, muy pronto fue él quien trazó el límite. Primero

se negó a beber el líquido que mamá le acercó con una cuchara derramando la mitad en el suéter. Luego la retó a cambiarle la bolsa. Y como se obstinó en no dejarnos intervenir, tomamos la decisión, contra su voluntad y la de mamá, de contratar una enfermera.

Cuando se presentó, creímos percibir algo insólito. Tal vez dijo “Juana” al responder a cómo se llamaba, pero yo entendí “Ivana” y en mi mente la apellidé “Mikhailovna”. Una falsa rusa, eso me pareció. Una joven rubicunda y expansiva, de gruesas pantorrillas, salida de un cuento de Chéjov. Apenas entró a la habitación, dispuesta a tomar los signos vitales de papá, supimos que habíamos intuido bien: algo ocurría. Al verla, mi padre trató de incorporarse y con los dedos, se arregló el pelo. Sonrió con los dientes perfectos del último dentista, dos placas que nunca le sirvieron para comer, pero que parecían de anuncio. Ella agitó el pelo castaño en el que brillaban gruesos rayos rubios, y dio palmaditas en el brazo de papá, tras tomarle el pulso: “ah, qué señor tan guapo”, dijo. “Tan guapo y tan sano”. “¿Ya se vio el color?” Y le acercó un espejo. “Vea nada más: fresco como una rosa”. A los pocos minutos de haber entrado ella al cuarto, ambos reían. Me acerqué y cuando estuve de pie al lado de la cama, ella me mostró un papel y me explicó que papá estaba tratando de resolver un acertijo. “Que cómo pongo allí un cuadrado de tres lados”, dijo él, mirándome sonriente a los ojos. Y ante mi silencio, añadió: “nos estamos divirtiendo, chico”. Quizá lo atacara una punzada de culpa, porque al verme salir del cuarto, aseguró: “estoy bien, no te preocupes”.



Las horas siguientes fueron de gran agitación. Ivana Mikhailovna entraba y salía del cuarto, abría clósets, remojaba y secaba cosas en el baño de mis papás, todo frente a la vista cansada de mamá, que siempre fue muy quisquillosa con su espacio. “¿Dónde lleva ese cobertor?” Le espetó mi mujer, que creyó tener un derecho mayor que ella, al ser la nuera. “A ponerlo debajo de las piernas de su suegro”, respondió la rusa como si fuera lo más obvio. “¿Pero si el doctor dijo que no lo moviera!”, explicó mi mujer, alarmada. “¿No ve que hay peligro de que se forme un coágulo?” La rusa negó con la cabeza. “Ustedes no se ocupan de su comodidad”, murmuró, y siguió con el cobertor hacia el cuarto donde papá la recibió con la sonrisa de siempre.

Los minutos siguientes fueron aún peores: papá aceptó comer la sopa que la falsa rusa le daba en la boca, un brebaje preparado por ella que se movía por la cocina como Pedro por su casa. “Es sopa Ramen”, dijo a mi hermana mayor, con toda naturalidad. “Tuve que traerla yo misma. En esta casa no hay ni un mísero bocado para un enfermo”. Mi madre la observaba hacer, desde un rincón del salón contiguo. Veía cómo la rusa rosácea jalaba a papá tomándolo de las axilas y diciendo ambos: “a la una, a las dos, y a las...” mientras su mirada de pájaro se oscurecía. Sin perder detalle, registró todos sus movimientos: vio cómo lo bañó con una esponja, cómo lo secó a golpecitos de toalla, sin omitir parte alguna y cómo al terminar le engominó el pelo con *Bril Cream*. Observó cómo lo hizo confesarse, tomándole la mano. Y luego de dejarlo, la vio retirarse del cuarto, salir al garaje y abrir la puerta de entrada a una mujer alta y enjuta que dijo ser ministra de la iglesia. Lo vio comulgar. Y tal vez pensó, pienso que pensó, que esto era lo más bajo: verlo comulgar de manos de una mujer, él, que no se hubiera dejado poner ceniza más que por un sacerdote.

“Su mamá no quiso comulgar”, la acusó la rusa, cuando entré al salón. “Comulgó el domingo”, mentí, enojado. Tuve ganas de añadir: “Métase en sus asuntos”, pero no lo hice. Temía una represalia con los medicamentos. “Yo lo digo por su bien, no vaya a arrepentirse luego”, contestó la rusa en su tono de suficiencia de siempre y se fue andando, displicente, hacia donde mi papá aguardaba recién bañado, como un novio.

Siempre que llegaba, veía a mamá en la salita, enroscada y ojerosa, mirando de lejos la intervención de la rusa.

“No me deja entrar”, la acusó una mañana, impotente. La encontré en la habitación de mis padres, untando a papá con grasa de un tarro que nunca antes había visto en la casa: “crema de masaje de Seigné”.

Decidí tomar el toro por los cuernos:

“Mi madre entra a la recámara cuando quiere y se queda el tiempo que quiere”, le dije a Mikhailovna, quien levantó los hombros, como diciendo “y a mí qué”. Y

dando un masaje que parecía interminable, añadió: “es él quien no quiere que entre”, y señaló a papá, que hizo como si no oyera.

“Él no está en condiciones de decidir” dije, sin saber por qué. Mikhailovna se detuvo un instante. Me miró de manera fugaz y enseguida prosiguió con su masaje.

“El paciente está lúcido. Sabe lo que quiere”.

Todas las promesas de tenerlo hasta el final en casa, ahora parecían absurdas. ¿Qué sentido tenía haber compartido una vida de la que habíamos sido partícipes?

“Es nuestro paciente ¿entiende?”, me oí decir. *Nuestro* enfermo. Ella abrió los ojos, inmensos y azules como hielos siberianos y aclaró: “Los enfermos no son de nadie. Son sólo enfermos”.

Habíamos tocado fondo. De modo que hablé con mis hermanos. Estuvimos de acuerdo y decidimos despedirla.

Luego de anotar sus últimas observaciones en la bitácora que nos dejó en la mesita, tomó sus cosas y salió de la casa. Una vez en el garaje, agitó la mano y se despidió de papá a lo lejos. Cuando él la llamó por su nombre, ella nos miró como diciendo “¿Lo ven? Un enfermo es un enfermo es un enfermo”.

Lo que vino después, es asunto privado, aunque previsible. Suministramos los medicamentos que Ivana indicó y vimos a papá irse tranquilo. Cuando dejó de respirar, preguntamos a mamá qué proseguía. “Dormiré con él” nos informó. Lo había perdonado. Nunca sabré si este deseo fue de él, de ella, nuestro o de la falsa rusa. **U**

